

JUGANDO CON RATAS: OBSERVACIÓN PARTICIPANTE DESDE LA CLOACA¹

JUANSEBASTIÁN ZAPATA MUJICA*

Universidad Nacional de Colombia

*juzapatam@unal.edu.co

Artículo de reflexión recibido: 15 de mayo de 2018. Aprobado: 15 de agosto de 2018.

Residing in a squalid place, it can't be too much fun.
Your brain is getting eaten away by the rat living in your skull.
A mutant at the age of one, a human rodent cabbage.
It's hard to think a tiny thing can do that much damage.
Charged GBH. 1982. *City baby attacked by rats.*

INTRODUCCIÓN

Tanto las reflexiones trabajadas a continuación como la mirada metodológica del ejercicio de observación parten del diálogo con el interaccionismo simbólico. Esta corriente teórico-metodológica propone abordar el problema del orden social a una escala micro, rebatiendo los postulados del estructural-funcionalismo; es decir, plantea que es posible comprender cómo se establecen las acciones humanas –que en el funcionalismo llamaríamos “roles”–, partiendo de la observación de las interacciones concretas, de los encuentros cara a cara entre las personas. Esto tiene su origen *entre* las acciones recíprocas de dos o más personas; el sentido que reviste su comportamiento y la producción de dicho sentido podría explicar, desde esta perspectiva micro, problemas relativos al orden social.

Metodológicamente, el interaccionismo simbólico resulta muy pertinente para los trabajos etnográficos, pues aporta insumos teóricos para reflexionar sobre la situación del etnógrafo o la etnógrafa en campo; además, permite plantear preguntas sobre cómo nos presentamos en público, cómo negociamos y construimos los escenarios de las prácticas cotidianas, y brinda herramientas analíticas para interpretar las notas de

¹ Este texto es fruto de un ejercicio metodológico propuesto en el seminario *Heterodoxias y ortodoxias metodológicas en la investigación etnográfica reciente en Colombia*, dirigido por la profesora Marta Zambrano.

campo, el uso del lenguaje cotidiano y las múltiples facetas identitarias que puede desplegar un mismo individuo.

Siguiendo a Alger y Alger (1997), la interacción simbólica es un proceso atribuido originalmente solo a los humanos. George Herbert Mead (considerado el padre del interaccionismo simbólico) lo definió como el fenómeno derivado del lenguaje humano. Sin embargo, ha habido desarrollos interesantes que parten del interaccionismo simbólico para comprender las situaciones sociales de reciprocidad entre seres humanos y otras especies de animales, que discuten postulados antropocentristas como los del lenguaje humano. En el apartado de comentarios sobre la observación, ampliaré un poco más la mención sobre algunos estudios hechos desde el interaccionismo simbólico entre felinos y humanos (Alger y Alger 1997), perros y humanos (Sanders 1993) y relativos a las aves (Barber 1993).

“LAS RATAS DEBERÍAN ASUSTARSE MÁS AL VER UN HUMANO”

Después de haber tomado unos cuantos litros de alcohol, y finalizada la feria de punk en la Casa Rat Trap donde habíamos pasado toda la noche, nos dirigimos hacia la plaza de Lourdes en la calle 63 con carrera 13, en Bogotá. Era cerca de la 1 de la mañana; hasta ahora comenzaba a andar el Domingo Santo, y aún quedaba un litro más de ron por engullir.

La alcantarilla más próxima a las ocho personas que estábamos allí daba contra un poste del alumbrado público, rodeado por bolsas de basura, cuyo lixiviado se escurría hasta el desagüe. Entre una bolsa de basura asomó el inconfundible rabo pelado de una rata regordeta, con manchas gris con blanco. De una bolsa pasó a otra y, finalmente, con un trozo de pan entre las patas delanteras, empezó a comer sin ocultarse en lo más mínimo, expuesta totalmente al agravio humano.

Increpé a Santiago, un amigo que alguna vez adoptó un ratón de laboratorio, al que llamó Brayan Steven Sólo Millos, y quien insiste en tener una rata callejera como mascota, a que cogiera al roedor. A paso pesado, con la torpeza característica de un borracho, Santiago se dirigió hacia la rata, quien reaccionó escabulléndose entre las bolsas de basura, para posteriormente meterse en la alcantarilla. La cacería había sido infructuosa.

Después de un tiempo, dos orejitas redondas asomaron por la alcantarilla. Reclamé silencio a mis amigos y amigas para que la rata

podiera hacer lo suyo. Con la debida prevención, la rata salió totalmente de la cloaca y se dirigió a las basuras. Ese reclamo hizo que la dinámica del *parche* se reorientara hacia el albañal.

–Esa es otra rata. La primera tenía manchitas. Esta es más común, es toda negra y es más larga, como un Transmilenio –dijo Lorena–.

Recordé un etólogo de roedores, quien afirma que las ratas tienen jerarquías. Según su teoría, la rata alfa espera a que las otras de menor rango (omega) exploren primero, corriendo así menos riesgo. Dije que la rata manchada podría ser la alfa, pues al sentirse amenazada se escondió y no habría de volver a aparecer sino hasta un largo rato después. Para hacer un chiste dije: “Esa debe ser la comandante: ‘Timochenka’, pongámosle”. De ese chiste derivó el “bautizo” de otras dos ratas que logramos identificar: Paula Catatumba y Raúla Reinas.

Frente a la iglesia de Lourdes había varios ramos de flores desperdigados. Santiago desprendió un ramillete y lo puso sobre la alcantarilla. Las flores quedaron justo sobre el agujero por donde entraban y salían las ratas. De repente, una trompa puntiaguda y con bigotes arrancó un pétalo de la flor. Santiago, Lorena y yo nos percatamos. A un metro de donde estábamos, sobre el mismo andén, había un señor con ruana; parecía un celador. Él también se dio cuenta de que las ratas entraban nuevamente en escena y llamó la atención del resto de personas del *parche*.

Santiago cogió varios ramilletes y los empezó a embutir por la alcantarilla. Pasaron algunos minutos antes de que los tallos de las flores empezaran a moverse... las ratas estaban llevándose las flores hacia dentro de la cañería. Empezamos entonces a jalar suavemente, con la intención de jugar con ellas. “Hay que estar muy borracho pa’ ponerse a jugar con ratas”, dijo Lorena.

Mientras tanto, cerca a otra alcantarilla ubicada a unos quince metros de donde estábamos, una pareja gritó llamando nuestra atención. Las miradas de la pareja seguían a una rata que cortaba su trayectoria perpendicularmente.

–¡Severo escándalo! –dijo Santiago–. ¡Si solo son raticas!

–¡Sí, severas *pussys*! Las ratas deberían asustarse más al ver un humano –agregó Verónica, otra de las personas que estaba en el *parche*–.

De la reacción de la pareja derivó una discusión en torno a quiénes eran los culpables de las enfermedades y la suciedad, si las ratas o las personas. La balanza rápidamente se inclinó en favor de las menos

favorecidas. Los argumentos resultaban obvios: “ellas se alimentan de nuestro desperdicio”; “donde hay ratas es donde hay humanos”; “las ratas no son peligrosas, se asustan por todo”; “más peligrosos, los tombos”; “‘rata’ ni siquiera debería ser un insulto”; “ellas son producto de nuestra sociedad”.

Mientras esto ocurría, Santiago estaba en posición de cuclillas; sostenía la botella de ron en una mano y metía la otra hasta la muñeca dentro de la alcantarilla para “alimentar a las ratitas”. Yo no podía dejar de pensar en lo peligroso que resultaba eso: estaba invadiendo su casa. Puede que un animal no sea agresivo, pero si se le meten a la madriguera, donde seguramente hay crías, las cosas pueden ser a otro precio.

Entre regaño y sugerencia, Verónica le dijo a Santiago que no se expusiera de esa forma, que respetara el espacio de las ratas.

–Así no se van a hacer tus amigas, se van a asustar y te pueden joder bien feo.

Expectante yo observaba, deseando que no pasara nada grave, pero sí que Santiago se asustara. Cuán equívoca mi perspectiva: de no haber pasado nada grave, tampoco se habría asustado, pues la cosa habría terminado en la captura –¿amistad? – de una rata a manos de Santiago.

Él sacó finalmente su mano intacta de la alcantarilla y se fue a repartir ron. Lorena y yo nos quedamos esperando a que Timochenka y compañía reaparecieran. Lentamente, varios pares de ojitos brillantes empezaron a mordisquear el don que Santiago les había dado. Entre sorprendidos y nerviosos, notamos que el chillido común de las ratas empezó a alternar con un sonido diferente, más parecido al silbido de un pájaro, con una frecuencia sonora menos oscilante y mucho más fácil de percibir.

A lo lejos, el señor enruanado continuaba observando a los observadores de ratas, y se reía amistosamente de todo lo que pasaba. A su vez, uno de los observadores de ratas observaba al observador de observadores y tomaba nota mentalmente...

Para terminar de repartir la ronda de trago, hacía falta que tomáramos Lorena y yo, así que Santiago se acercó ofreciéndonos un trago y de paso reclamó:

–¡Ya dejen las raticas en paz, parecen bobos! “Ay, mire cómo chilla la ratica”; “ay, mire cómo come la ratica”... así mismo deben estar ellas: “ay, mire ese humano tan estúpido”; “ay, mire como habla un humano”...

“Un par de vegetarianos que le tienen miedo a una rata, ¡qué manes tan bobos!”

Los ojos de muchas ratas brillaban entre la alcantarilla; iban y venían cautelosas y curiosas a la vez. Casi no quedaban pétalos en las flores. Pero el sonido distinto al chillido incrementaba, y eso llamó la atención de Santiago, quien pasó de criticarnos por estar ahí como un “par de bobos” a agrandar a trío el bobo conjunto. Santiago, quien por interés personal ha estudiado a las ratas, confesó que nunca había oído ese ruido tan particular, afirmando que de no provenir de una alcantarilla llena de ratas habría jurado que se trataba del canto de un pájaro. El ron se acabó y nos fuimos del lugar haciendo chistes sobre Timochenka y las otras ratas.

Figura 1. Santiago con Pogo y Panfleto, adoptadas en mayo, un mes después de ocurrido el encuentro con Timochenka y compañía



Fuente: María Alejandra Bermúdez (2 de mayo de 2018), Archivo El Tercermundista.

COMENTARIOS SOBRE LA OBSERVACIÓN: ¿INTERACTUAR CON ANIMALES?

A diferencia de lo relativo a otros animales urbanos como perros y gatos, lo que sabíamos quienes estuvimos allí respecto a las ratas era muy poco. Probablemente tener un acervo mayor de conocimiento nos habría permitido hacer una identificación más precisa de Raúla Reinas y Paula Catatumba, a quienes seguramente confundimos entre sí y con otras ratas color birmano. Supongo que la interacción también habría sido diferente, pues habríamos sabido cómo tratarlas.

El hecho de que Santiago hubiera vivido previamente con un ratón me permitió observar distintas disposiciones hacia los animales. Diversos grados de empatía y antipatía hacia las ratas permitieron una interacción escalonada en la que algunas personas nos limitamos a mirar y otras intentaron incluso cogerlas.

De no haber sido en la madrugada, un tipo de experiencia así habría sido casi imposible, pues es indispensable tener en cuenta las características de los animales. Las ratas callejeras, además de ser fotosensibles y nocturnas, tienden a dejarse ver cuando hay poco tráfico humano.

El ron, además de ambientar la noche y aumentar nuestra resistencia contra el frío, nos hizo dejar a un lado, momentáneamente, ciertos prejuicios sociales, como lo relativo a la prevención contra las ratas, y ponernos a jugar con ellas como si se tratara de simples perritos. En nuestro contexto hay que estar borracho o ser biólogo para ponerse a jugar con ratas.

También es de resaltar el hecho de que hubiéramos llegado al lugar de las ratas después de una feria de música punk. En la estética más tradicional de ese género musical, las ratas han sido elementos icónicos. Había una suerte de *energía emocional* previa, como diría Randal Collins (2009), que influyó en la disposición para interactuar con las ratas.

La interacción supone la puesta en marcha de una serie de negociaciones intersubjetivas del significado (Blumer 1982; Goffman 2003; Becker 2010). Al describir una interacción en la que hay un gran desconocimiento sobre lo que ocurre en uno de los lados de la relación, tanto la interpretación como la observación se tornan más complicadas. Me pregunto si con ayuda de los estudios biológicos pudiese haber una mirada más integradora que permitiese darle complejidad al asunto.

El famoso trabajo realizado por Jane Goodall (1986) pareciera ser una suerte de “etnozoografía”, en la que se sirve de herramientas de la observación, como el registro de notas de campo, la fotografía, la observación participante y los etogramas, aplicados a chimpancés e interpretados con conceptos antropológicos relativos al trabajo, las herramientas, la cultura y la sociedad. Investigaciones como estas, que debido a su naturaleza intersectan disciplinas, arrojan resultados revolucionarios que amplían los horizontes académicos.

Posterior al trabajo de Goodall (1986) se han explorado nuevas preguntas. Particularmente desde el interaccionismo simbólico, existen trabajos como el de Barber (1993), quien problematiza la inteligencia, la capacidad mental y emocional, así como lo individualistas que pueden ser las aves, concluyendo que tienen las características fundamentales de una persona ordinaria. También están presentes los trabajos de los hermanos Alger (1997), quienes atribuyen algunas cualidades a los gatos: i) individualidad, bajo la cual cada ser es una singularidad caracterizada por rasgos únicos, tanto físicos como de comportamiento, identificables y diferenciables de otros especímenes; ii) reciprocidad y emocionalidad en *rituales sociales de interacción*, centrados en el intercambio de afectos con humanos; iii) ocupación de un lugar social, en donde los gatos hacen parte de familias y tienen espacios en las viviendas, haciendo parte de realidades compartidas con los humanos.

Aunado a lo anterior, y sin perder de vista el interaccionismo simbólico, resulta pertinente formular preguntas centrales para las ciencias sociales respecto a las relaciones entre humanos y otros animales, pues la interacción, en tanto categoría, supone la existencia de marcos de referencia para la acción (Goffman 1970): ¿cómo participaron Timochenka y compañía –y cómo lo harían las ratas en interacciones recurrentes– en la producción de los marcos de referencia para la interacción? ¿Tiene la rata subjetividad? ¿Son las ratas sujeto de significado? ¿Cómo ocurren estos procesos de interacción cuando el vínculo emocional es de desafecto, como suele ocurrir con las ratas en las ciudades, o con animales destinados a convertirse en alimento humano? ¿Y qué decir de los procesos de interacción que ocurren en el marco de culturas no capitalistas, donde las prácticas y cosmogonías no comparten los mismos cimientos que las culturas ciudadinas?

COMENTARIO PERSONAL

Desde niño he tenido fobia a las ratas. Sin embargo, he intentado meterle razón a este sentimiento tan angustiante, por lo que he leído algunos textos sobre ellas (las fobias y las ratas). La estrategia por asir esta emoción me ha llevado a tener una atención selectiva para con las ratas: casi todos los días veo, por lo menos, una. Un par de años atrás, Santiago adoptó a Brayan Steven Solo Millos y, desde entonces, he intentado ver y tratar de una manera diferente a estos animales. Con Santiago hemos tenido conversaciones largas y tendidas sobre las ratas; sin embargo, lo que sabemos sobre ellas es muy poco, y más en comparación con otras especies. Lo que predomina es una predisposición de rechazo hacia las ratas con base en un estigma muy difundido.

Las ratas callejeras se ocultan y temen al humano; a su vez, las personas de la ciudad suelen temer y rechazar a las ratas callejeras. En contraste, las ratas mascota son sociables con las personas, y las personas que tienen ratas como mascotas son *desviadas* de la norma social, y no temen ni rechazan a las ratas.

Dudé mucho en hacer este ejercicio sobre lo que ocurrió esa noche con las ratas. No obstante, decidí hacerlo porque reflexionar al respecto, hacer un registro escrito y arriesgarse a ponerlo en el contexto académico me permite darme cuenta de las vicisitudes propias de una etnografía de las relaciones humano-animal, del vacío que representa lo que ocurre en el cerebro y cuerpo del animal, y sus implicaciones –las del vacío– para una interpretación que pretende romper con los binarismos cartesianos.

Desde la observación y la observación participante con animales no humanos, ha habido grandes avances, sobre todo en lo que tiene que ver con mascotas o animales domésticos como aves (Barber 1993), felinos (Alger y Alger 1997) y perros (Sanders 1993). Quizá el caso más famoso sea el de Goodall (1986) y los chimpancés. Gracias a la observación (a veces participante, como ocurrió con Goodall), la etología ha conseguido establecer patrones de comportamiento que resultan reveladores para comprender las conductas de los animales, solo por mencionar un par de casos respecto a los hábitos alimenticios del *pecarí* (Altricher et ál. 2000; Gómez y Montenegro 2012). Sin embargo, no es tan común encontrar trabajos desde las ciencias sociales sobre las relaciones de humanos con animales con los cuales sentimos animadversión, como ocurre con las ratas.

En mi caso particular, estoy interesado en indagar por *cómo participan los perros y sajinos (pecaríes) en la producción del orden social ikú*. Los sajinos son cerdos de monte que andan en peligrosas manadas por los bosques de la Sierra Nevada de Santa Marta, entre otras. Si bien los retos metodológicos y analíticos son muchos, tener en cuenta críticas hechas desde el interaccionismo simbólico al antropocentrismo de George Herbert Mead y sus postulados del lenguaje humano (Mead 1962) permite ampliar el horizonte y avanzar hacia nuevas preguntas, como ¿los animales son susceptibles de aprender la cultura? Y, en caso afirmativo, ¿cómo lo hacen?, ¿participan los animales en la producción del orden social?

Mead (1962) atribuyó la interacción social únicamente a los humanos, pues según él estos eran los únicos con lenguaje. Kondratov (1973) afirma que los animales tienen lenguaje pero no habla; desde esta perspectiva, el lenguaje es entendido como el uso finito de un sistema finito de signos, mientras que el habla es la creatividad lingüística infinita que solo tiene el ser humano.

El interaccionismo simbólico se enfoca en los encuentros cara a cara. Quien haya tenido la oportunidad de vivir con un perro (no sé si con los gatos, no he tenido la oportunidad) sabe que ellos expresan en su rostro infinidad de gestos, a los que les atribuimos un sentido según el contexto, o de los que abstraemos un sentido al comprender el contexto. A su vez, quien haya pasado un tiempo relativamente corto con una rata, un cerdo o una vaca, advertirá que sus rostros son impasibles, inexpresivos. ¿Serán sus rostros carentes de gestualidad? ¿O seremos las culturas ciudadinas incapaces de abrirle la puerta a un verdadero encuentro cara a cara a un verdadero proceso de interacción social?

Mead (1962) fue presa del antropocentrismo de su época, y más vale que ahora seamos capaces de saber sortear esta trampa. Creería que una pista importante es el desarrollo de la empatía: a mayor grado de empatía, mayor posibilidad de ponerme en los zapatos (o en las pezuñas, garras, plumajes o escamas) del otro y mayor posibilidad de comprender cómo producimos de manera conjunta realidades compartidas.

Finalmente, sería relevante completar el panorama: por una parte, comprender cómo los animales dominan o sortean las vicisitudes de la naturaleza; por otra, ver cómo un grupo social concreto se distancia de la naturaleza y la domina. Finalmente, es preciso ver cómo en la naturaleza se encuentran la sociedad humana y los animales, y producen una realidad compartida en un entorno compartido.

Figura 2. Brayan Steven Sólo Millos en la mano derecha de Ilich Camilo de Zubiría



Fuente: Juansebastián Zapata Mujica (5 de julio de 2017), Archivo personal.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alger, Janet y Steven Alger. 1997. "Beyond Mead: Symbolic Interaction between Humans and Felines". *Society and Animals* 5, 1: 65-81.
- Altricher, Mariana, Joel Sáenz, Eduardo Carrillo y Todd Fuller. 2000. "Dieta Estacional del Tayassu Pecari (*Artiodactyla: Tayassuidae*) en el Parque Nacional Corcovado, Costa Rica". *International Journal of Tropical Biology and Conservation* 48, 2/3: 689-701.
- Barber, Theodore. 1993. *The Human Nature of Birds: A Scientific Discovery With Startling Implications*. New York: Penguin Books.
- Becker, Howard. 2010. *Outsiders. Hacia Una Sociología de La Desviación*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Blumer, Herbert. 1982. *El interaccionismo simbólico: perspectiva y método*. Barcelona: Hora, S.A.
- Collins, Randall. 2009. *Cadenas Rituales de Interacción*. Bogotá: Editorial Universidad Nacional de Colombia.
- Goffman, Erving. 1970. *Internados. Ensayo Sobre La Situación Social de Los Enfermos Mentales*. Buenos Aires: Amorrutu.
- Goffman, Erving. 2003. *Estigma. La Identidad Deteriorada*. Buenos Aires: Amorrutu.
- Gómez, Bibiana y Olga Montenegro. 2012. "Abundancia del Pecarí de Collar (Pecari Tajacu) en dos áreas protegidas de La Guayana colombiana". *Mastozoología Neotropical* 19, 2: 311-16.
- Goodall, Jane. 1986. *The Chimpanzees of Gombe: Patterns of Behavior*. Boston: Bellknap Press Harvard University Press.
- Kondratov, Alexander. 1973. *Del signo al símbolo*. Buenos Aires: Paidós.
- Mead, George. 1962. *Mind, Self and Society*. Chicago: University of Chicago.
- Sanders, Clinton. 1993. "Understanding Dogs: Caretakers' Attributes of Mindedness in Canine-Human Relationships." *Journal of Contemporary Ethnography* 22: 205-226.